

CAPITULO XXIII.

Santa habilidad de Felipe en humillarse á sí y
en hacer humillar á los demas.

NO consiste en otra cosa la virtud de la mortificacion que en destruir las malas inclinaciones de la naturaleza; y dificilmente se encontrará otro maestro mas mortificado y mas industrioso en mortificar á sus discípulos que Felipe. Dejémos que hablen los hechos.

Acontecía muchas veces dar señales de una alegría desacostumbrada, no solo en su casa, sino aun en los palacios de los grandes, y en las calles y plazas públicas. Así, por ejemplo, se encontraba un dia en la plaza de San Pedro Advincula, á la hora en que la multitud se agitaba en ella, y él se puso á bailar, haciendo creer á los que no lo conocian, que habia perdido la cabeza. No faltó quien lo dijera así, en voz bastantemente

fuerte, para que llegase á sus oidos; y él quedó muy satisfecho porque esto era justamente lo que queria. Otra vez iba por una calle muy concurrida, y mirando á uno que llevaba unos cántaros de agua, corrió hácia él, le detuvo de la mano y le pidió de beber en uno de sus trastos, lo que hizo en efecto, con gran gusto de los que pasaban, que se agolparon á su rededor y le gratificaron con algunas burlas.

Un dia encontró en el puente de San Angelo, uno de los lugares mas frecuentados de Roma, á su amigo Félix de Cantalicio, que volvía de su demanda cargado de un cántaro lleno de vino. Después de saludarse y abrazarse, segun su costumbre, Félix le preguntó si tenia sed. “Ciertamente que la tengo, respondió Felipe.”—“Entonces, repuso el primero, se me presenta ocasion de ver si eres hombre mortificado.” Y al momento le presentó su cántaro, y le dijo: “¡Bébe!” Felipe bebió, ó hizo que bebia, afectando un grande aire de sensualidad, para atraerse la burla de los que lo veían; pero se engañó en esta vez su piadosa industria. Los que se encontraban y conocian á uno y otro, en lugar de que les repugnase esta accion, se decian en voz baja: “Ved á un santo que hace beber á otro santo.”—“Ahora, dijo Felipe á Félix, quiero tambien yo saber si entiendes alguna cosa de mortificacion espiritual,” y diciendo y haciendo le puso su sombrero, el que sobre la capilla del religioso, le hacia tener una

figura bastante ridícula, y le mandó que caminase. “Si me quitan tu sombrero, le dijo Félix, allá te lo haya; por mí no hay inconveniente en llevarlo; te obedezco.” Y continuó su camino de esta suerte, por largo tiempo, hasta que Felipe se dió por satisfecho.

Notando el cardenal Gesualdí, que le estimaba en extremo, la sencillez de los vestidos del santo en lo mas cruel de un rigoroso invierno, le regaló su propia capa de pieles finas, bajo la precisa condicion que se la habia de poner. Se la puso, en efecto, durante todo un mes, pero de la manera mas graciosa, pues iba por las calles envuelto hasta la barba, con la cabeza muy erguida, y mirándose de cuando en cuando de arriba abajo, con una afectacion pueril que hacia reir grandemente á los que le encontraban.

El cardenal Alejandrino le convidó un dia á comer. Aceptó, y fué en compañía de uno de sus padres, que le llevó la sopa de casa, y la puso en medio de la mesa en lo mejor del festin. Conocía demasiado el cardenal al santo para darse por ofendido de esta singularidad; y antes por el contrario, quiso él tambien comer de aquella sopa, y á su ejemplo hicieron otro tanto todos los convidados, chasqueándose esta vez Felipe que esperaba le vieran como un hombre ridículo, ó por lo ménos que el prelado le echáse en presencia de los concurrentes alguna reprension.

El dia en que se trasladaron á su iglesia las re-

liquias de San Mauro y Santa Papía, al llegar á la puerta con toda la muchedumbre de concurrentes, se detuvo delante de un suizo de la guardia del papa y le tomó cariñosamente de la bárba, diciendo: “Estais honrando, amigo mio, á los santos mártires; muy bien, muy bien; este servicio no quedará sin recompensa. Otra ocasion se hizo rasurar la barba de un solo lado y luego salió á la ciudad con un aire triunfante, como si hubiera hecho alguna cosa de que le pudiera resultar mucha honra. Mas de una vez se hizo cortar el pelo y la bárba, en la puerta del Oratorio, delante de una multitud de curiosos que le miraban. Después pasaba la mano sobre su cabeza y rostro y hablaba de su buena figura, elogiando á su peluquero. Todavía con mucha mas frecuencia salia por los paseos públicos con sus discípulos, ó recorría las calles con un gran ramillete de flores en la mano. Tambien solia andar públicamente sin manteo, á pesar del uso contrario, por tal de parecer extravagante. Si se le ofrecia leer alguna cosa en público, lo hacia como hombre que no comprendia lo que leia.

Otras veces, sabedor de que habian de venir á visitarle algunas personas distinguidas, se ponía un birrete viejo encarnado, un manteo corto del mismo color sobre su sotana negra, y unos zapatos blancos; y en este trage singular recibia á sus visitas. Algunas veces acontecia que llegaba á la iglesia en dias muy solemnes con su

birrete hasta la nariz y su manteo al revez, ó bien cubiertas las espaldas con una muceta blanca vieja que habia sido del papa San Pio V. Un día de la Natividad de la Santísima Virgen, fiesta que se celebraba en su iglesia con grande solemnidad, entró al coro donde habia muchos cardenales, con su vestido burlesco. Estos se levantaron por honor, y querian que se sentase en medio de ellos. “No, eminentísimos señores, les dijo, mi asiento está entre vuestros caudatarios,” y se sentó á sus pies.

Se habia procurado algunos libros chistosos, compuestos para divertir niños, y se los hacia leer en público, escuchándolos con un interes verdaderamente cómico. Hizolo así un día delante de muchos nobles polacos, á quienes envió el papa á que le visitaran para que pudiesen de paso, admirar su rara santidad. Instruido de su venida, cuya causa, acaso adivinó el humilde santo, llamó á uno de sus discípulos, y le puso en las manos no sé qué cuento, diciéndole: “Leedme esto, y no interrumpais vuestra lectura hasta que yo os lo diga.” Luego que entraron los polacos, los saludó con la cabeza y les hizo seña para que se sentasen, y dejó continuar la lectura hasta terminar el capítulo. Entonces despidió al discípulo y recibió muy cortezmente á los estrangeros, no hablándoles de otra cosa que de la lectura que acababan de oir. “Bendito sea Dios, les dijo, tenemos buenos libros, que sin embargo de no ser

sérios son muy propios para instruir y edificar: estas lecturas me gustan demasiado y me son muy útiles.” Admirados los polacos, se miraban unos á otros sin hablar una palabra, y parecian poco satisfechos de esta singular conversacion, que procuraron cortar y se despidieron del santo.

Yendo un día Felipe á visitar á una señora de las Ursulinas, se encontró allí con el conde de Olivares, embajador español, y con la señora embajadora. Esta, que habia oido hablar del santo sin conocerle, se puso á hacerle algunas preguntas dictadas por mera curiosidad. “¿Hace mucho tiempo, padre mio, que habeis dejado al mundo?” le dijo.— Señora, respondió el santo, no le he dejado todavía, porque aun conservo ciertos gustos que me son comunes con él y de que mi compañero os podrá dar razon. ¿No es verdad, dijo á Gallonio volviéndose á él, que me gustan mucho los poetas y fabulistas?” No queriendo Gallonio, que el santo comprometiese de esta suerte su reputacion, respondió: “Es cierto, padre, que recurris á ellos para templar el fuego del divino amor, que sin este medio os consumiría.” Esta inesperada respuesta desconcertó al santo, quien todo turbado, abrevió su visita, y luego que salió á la calle, dijo á su indiscreto elogiador: “Habeis dado una buena respuesta, Gallonio; Dios os perdone, creia yo que teniais mas discrecion.”

Lorenzo Altieri, noble Romano, se sorprendió en

la primera visita que hizo á Felipe, de verle con un génio pueril hablando necedades. Al salir no pudo ménos que manifestar á uno de sus amigos, que no podia concebir cómo se tenia por santo á semejante hombre. “Si él supiera la opinion que teneis de él, le respondió su amigo, se alegraría sobre manera, porque hace todas esas cosas que habeis visto para que le tengan por mentecato y no por santo: volved á verle y no tardareis en conocerle mejor. “Refirió esta conversacion á Felipe, y le suplicó desengañase á Altieri cuando volviera á visitarlo. “¿Qué personage quereis, le dijo el santo, que represente yo entónces? ¿Conventrá que yo afecte una gravedad magistral que le haga creer que soy un grande y sublime doctor? Estad seguro que si vuelve alguna vez, me mostraré todavía mas nécio que lo que me vió la primera. Hizolo así en efecto; pero Altieri mas avisado en estudiarlo, conoció su artificio y fué desde entónces uno de sus mas adictos discípulos.

No solo se humillaba, de la manera que hemos visto, ante los estraños y desconocidos, sino tambien ante los suyos y amigos, á fin de que todos lo despreciaran. Ora tenia con ellos discursos desprovistos de sentido, ora se entregaba en su presencia á ocupaciones pueriles. Muchísimas veces abria la puerta de su cuarto y se paseaba en él grávemente, cubierta su cabeza con un birrete de cardenal; y si acontecía que alguno al querer entrar retrocedia engañado por su trage, le

llamaba y preguntaba la causa de su timidez: “Yo creia, respondia aquel, que erais una eminenencia.” Entónces se quitaba el birrete, y decia riéndose: “Bien veis que no soy mas que un insensato.” Por lo demas, todos sus discípulos sabian á donde tendia este piadoso manejo, y cada dia estaban mas convencidos de su eminente santidad.

Depues de haber manifestado el modo con que este grande hombre se mortificaba á sí mismo, referiré ya las industrias de que se valia para probar á aquellos de sus discípulos que aspiraban á la perfeccion. Desde luego, cualquiera que fuera su condicion en el siglo, los mandaba á barrer la iglesia, ó á pedir limosna de puerta en puerta, cosa que no se usaba en aquel tiempo. Cuando edificaba su Oratorio, los hacia ir á servir á los operarios llevándoles piedras y mezcla, lo que les hacia parecer mercenarios. Algunas veces los enviaba al coro de los Dominicos, á que asistiesen á completas, con órden de estar postrados todo el tiempo que durase el canto de la *Salve Regina*.

Tenia en su cuarto un surtido de anteojos, no para su uso, porque él nunca tuvo necesidad de ellos, sino para probar la humildad de sus discípulos jóvenes. No era usado este instrumento en aquella época mas que de los ancianos, cuya vista estaba ya demasiado cansada, y ningun jóven podia usarlos sin que le tuvieran por ridículo; y este es el motivo por qué Felipe obligaba á los su-

yos á que los portasen de cuando en cuando. “Tomad, les decia, este par de espejuelos é id á tal parte á haceros admirar.” Cierta ocasion dió á uno de ellos una campanilla y le mandó que la fuera á repicar al campo de Flora, lo que ocasionó que se reuniese á su rededor el populacho y le tuviese por loco. A otro hizo recorrer la ciudad, llevando sobre sus espaldas una tablilla, sobre la que estaban escritas estas palabras: “Por haber satisfecho su sensualidad.”

Fué un dia á visitar al cardenal Alejandrino, acompañado de algunos de sus jóvenes, segun tenia de costumbre, y antes de retirarse rogó á su eminencia le diese alguna golosina que distribuirles. El cardenal, que adivinó muy bien lo que queria hacer, le dió un hermoso panal. Apenas salió fuera cuando lo partió Felipe y lo distribuyó entre ellos, para que lo comiesen al ir por las calles, lo que hicieron los jóvenes muy graciosamente.

Habiendo notado una ocasion que uno de ellos tenia el pelo peinado con mucho estudio, le dijo: “Este pelo está demasiado largo; id de mi parte á ver al hermano Félix de Cantalicio, para que os lo corte.” El jóven obedeció, y el bueno de Félix, que se habia puesto de acuerdo con Felipe, lo rasuró completamente. La humillacion era ciertamente muy dura para un novicio; pero no obstante, la sufrió con suma paciencia.

Un jóven ebanista que se confesaba con el santo, le pidió licencia para ponerse un cilicio. “Me

parece muy bien, le respondió, pero bajo la condicion que lo habeis de llevar á modo de cinturon sobre la ropa.” Aceptó el jóven, y mandó hacer una ancha faja de crines, que no dejó de llevar exteriormente durante los años que aun vivió.

Uno de los señores mas principales de Roma, tenia, como otros muchos cuyo corazon está vacío de amor de Dios, afectos ridículos y desarreglados. Por tal motivo, habia ganado de tal suerte su cariño un perrillo, que parecia no ocuparse mas que de él, llegando al extremo de cuidar de que se le diese de comer espléndidamente. Un dia siguió este animal á un amigo de su amo, que fué á ver á Felipe, y se engrió tanto con los cariños que este le hizo, que no quiso ya volverse á su casa.

En vano le hizo llevar el santo repetidas veces á su dueño; él siempre volvía, y por mas que le encerraban en su casa, el animalito encontraba siempre modo de recobrar su libertad y se volvía luego al Oratorio. El caballero, despues de pasado su mal humor, echó la cosa á la chanza, y dijo riéndose: “No sé qué quiere hacer con mi casa este padre Felipe: si tengo un buen criado se lo lleva para monje; y cuando ya no tengo hombres que me quite, se toma mis animales; ¡valla! supuesto que le ha gustado mi perro, que se lo coja.” Cogióselo en efecto, y este animalito fué en sus manos un instrumento de mortificacion para sus discípulos. Les mandaba que lo peinaran,

que lo pelaran, que lo lavaran, que lo pasearan, bien sea llevándolo en brazos, ó bien jalándolo de su cadenita. Esto hizo decir con mucha gracia al cardenal Tarugi, que este perro era un verdadero azote para la vanidad. Vivió catorce años, y Felipe no cesó de emplearlo durante este tiempo en este ministerio. No hay necesidad de decir que nadie lo sintió cuando se murió.

Cuando el santo dejó á San Gerónimo, para ir á vivir á la casa de Vallicella, no quiso que su gato cambiase de domicilio, previendo el partido que podía sacar de dejarlo allí, para ejercitar en la mortificacion á sus hijos espirituales. En efecto, durante seis años no dejó pasar un solo dia sin encargar á alguno de ellos el llevar de comer á esta bestiezuela. Muchas veces les mandaba á comprar carne para ella á las tocinerías, perteneciendo estos jóvenes en su mayor parte á familias distinguidas y estando destinados á vivir en el estado secular. Sin embargo, él no los creía exceptuados de una práctica tan humillante. Obligados á venir á darle cuenta de su mision, le encontraban conversando con cardenales ú otros grandes hombres, ante los que les dirigía las preguntas mas propias para mortificar su vanidad. “¿Mi gato está bueno? les preguntaba. ¿Se mantiene gordo? ¿comió como siempre? &c.” y decia todo esto con un tono tan sério, como si tratase de un negocio de suma importancia.

Pero he aquí todavía un pasage de mayor morti-

ficacion. Acababa de ponerse bajo la direccion del santo, César Baronio, joven distinguido por su talento y buenas cualidades, y queriendo experimentar su humildad, le dijo un dia: “Id á la proveeduría y tomad un cántaro en que puedan caber doce pintas (*); lavadlo muy bien, é id á tal tienda y decid á su dueño que os dé á probar de todos los vinos de su bodega. No os vayais á engañar acerca de la cualidad, porque quiero que el que traigais sea excelente: y luego que hayais escogido el que os parezca mejor, comprareis un cuarto de pinta (**). Aquí teneis una moneda de oro con la que pagareis y recogeréis lo vuelto.” Bien previó Baronio las consecuencias de semejante orden; pero no obstante la ejecutó al pié de la letra. “Vengo á comprar vino, dijo al mercader, dueño de la tienda á donde lo mandaba Felipe; pero antes quiero probar los mejores que tengais en vuestra bodega.” Animado el mercader al ver lo grande del cántaro, se prestó gustoso á la pretension del comprador, quien le hizo sacar vino de todos sus toncles; los probó muy despacio, comparó unos con otros y al fin fijó su eleccion en uno de ellos. Pero ¿cuál fué la sorpresa del mercader, al saber la friolera que se le iba á comprar? “Esta miseria que vos quereis llevar, dijo al joven Baronio, no vana ta

[*] Mas de diez y ocho cuartillos.

[**] Poco ménos de medio cuartillo; cosa de seis onzas.